



La fragilidad de las tazas de té

Sonia Rico

La fragilidad de las cosas de la

Sonia Rico



ELVO Editorial
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: Abril, 2024.

© Sonia Rico.
© ELVO Editorial.
© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscutat.
© diseño de ilustración contraportada: Helvia de Campos Moreira.
© fotografía de la solapa: Adrián Muskus.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1860-2024
ISBN: 978-84-128378-1-0



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

Para Anaïs y Diego, con amor infinito.

Prólogo

Si la maternidad y las relaciones entre madres e hijas se están convirtiendo finalmente en un tema común de la literatura de los últimos años; aún son pocas las historias y testimonios que se han escrito sobre maternidad tóxica y sobre madres narcisistas; un tema quizás hoy en día todavía tabú en sociedades en las que la institución familiar es uno de los pilares fundamentales; un tabú que es el tema principal de esta novela en la que se nos narra la vida de Elvira, una madre narcisista y su hija Carmen.

Nos adentramos en el bullicio de los puestos de un mercado de ciudad, el Mercat del Ninot de Barcelona; y en un ambiente familiar, cotidiano y aparentemente normal las vidas de Elvira y Carmen transcurren en un tira y afloja de dependencia y dominio que las lleva a situaciones límites y a un sacrificio tóxico que perdura durante décadas.

Elvira es, a la vista de los demás, una madre preocupada y volcada en su hija; una madre soltera y luchadora que regenta una modesta parada de mercado en donde vende delicadas prendas de bebé. Su belleza y encanto ocultan un carácter egocéntrico y manipulador que la llevan a una posición continua de víctima;

Elvira vive frustrada, crónicamente enferma y creyendo merecer mucho más de lo que la vida le ha dado. Y aunque nos va a costar mucho empatizar con ella; a veces me pregunto si su victimismo no fue el resultado de una sociedad y unas circunstancias, las de las últimas décadas del siglo pasado, que prometieron mucho más de lo que en verdad ofrecieron.

Carmencita ha vivido toda su vida a la sombra de su madre. Desde su infancia ha sido relegada al papel de cuidadora; una posición impuesta por una madre que ve en ella no a una hija, sino a una extensión de sí misma; a un espejo en el que reflejar sus propias necesidades. Con los años, Carmen sacrifica sus sueños y su propia identidad en aras de mantener contenta a su madre. Analizar a Carmen nos va ayudar a identificar los rasgos y la personalidad de las mujeres criadas por madres narcisistas y egocéntricas: Carmen es insegura, tiene falta de autoestima y siente tanta culpa y obligación que mantiene en secreto lo que sucede. El miedo al abandono y la dificultad de identificar relaciones abusivas marcarán no solo su infancia si no también su vida de adulta, sin embargo, al final nos embargará la esperanza porque, aunque lo más difícil al terminar una relación, sea encontrarse a una misma y definirse como mujer individual e independiente, acompañaremos a Carmen a descubrir una nueva vida en la que nunca es tarde para hacer lo que una quiere.

La originalidad de la novela quizás resida en que nos cuenta una historia diferente pero también próxima; y nos acerca a unos personajes que rompen con convenciones y normas en todas las direcciones. Al igual que ya hizo en sus anteriores novelas *Amar a un hombre que mata* y *Entresuelo izquierdo*; la autora se sirve de la cotidianidad y del día a día para crear historias que nos ayudan a ahondar en las relaciones humanas, historias cuyos protagonistas, aunque parecen evolucionar despacio nunca se paran y terminan siempre encontrando su propia voz.

Sonia Rico

Y ahora saboreemos la lectura de *La fragilidad de las tazas de té*, dejémonos transportar a la Barcelona de hace décadas y disfrutemos de la literatura en femenino.

Cristina Salán

La fragilidad de las tazas de té

Sonia Rico

eivo
EDITORIAL


*Cada madre lleva consigo
a su hija en sí misma;
y cada hija a su madre.*

C. G. Yung

PRIMERA PARTE

Mi madre siempre guardó misterios en torno a quién era mi padre.

Ahora pienso que lo hacía por hacerse la importante, por darse notoriedad más que porque de verdad él fuese «un señor de clase alta» y era mejor que no se supiese en el barrio.

Lo que me duele son todas las mentiras que me dijo. Imposible saber cuántas ni cómo ni por qué. Bueno, el porqué, eso es lo que quiero contar. Porque ahora, a mis cincuenta y dos años, pasados dos años de que ella falleciera, me atrevo a abrir esa caja de Pandora que ha sido mi vida con mi madre: mi infancia.

Me llamo Carmencita, o Menchu, o Carmen o Mamen, porque ahora mismo te puedes quedar con cualquiera de ellas. Siento que podrías elegir un nombre y podría transformarme en ese tipo de mujer. Elige, porque no sé quién soy. Y esta es la herencia que me ha dejado mi madre.

Me arrebató mis pensamientos, el saber responder a una pregunta tan sencilla como cuál es mi color preferido, el poder decirle a la peluquera qué tipo de corte de pelo deseo, poder elegir lo que me apetece comer en un restaurante y hasta qué tipo de bragas quiero ponerme.

Nada. No me dejó nada cuando murió. Me quedé sola y sin saber qué hacer con una vida que nunca había sido mía. Porque mi vida había sido una extensión de la suya.

1. *Un señor con abrigo largo*

Mi padre. Ese señor con barba y bigote que vino a la parada cuando yo tenía unos siete años. No sé por qué lo recordaba tan bien. Mi alma inocente de niña vio algo extraño en aquel cliente. En aquella conversación entre mi madre y él. Fue un sábado por la mañana, eso seguro, porque yo a esa edad solo estaba en la parada los sábados, que no iba al colegio. Recuerdo que estaba canturreando el *Sol, solet* mientras un rayito de sol invernal me doraba con mimo la cara, cuando él llegó y se me quedó mirando sin darme cuenta, ensimismada como estaba jugueteando con unos calcetincitos de bebé que mi madre había encontrado defectuosos y me había dado para que jugara con mi muñeco, Tato. Me asusté cuando lo vi mirarme, serio, con un abrigo oscuro, muy largo, y esa barba y bigote tan negros a juego con sus cejas pobladas; olía fuerte y era un olor que yo nunca había sentido tan cerca, solo supe que se trataba de alguien diferente.

Mi madre se puso nerviosa y se sonrojó. No recuerdo bien qué se dijeron, solo que a mi madre se le cayó una caja al suelo. Le enseñó varios baberos de bebé, se los mostraba con su mano larga, fina, con las uñas siempre pintadas de rojo al igual que sus labios. Siempre, esa fue una de sus últimas voluntades, que la enterrara con las uñas pintadas de rojo y los labios igual. Que nadie, bajo ningún concepto la viera sin maquillar.

Me encantaban las manos de mi madre. Cuando la recuerdo, joven, tenían una elegancia y una fuerza arrolladoras. La mirada de él sobre ella era intensa. Yo nunca había visto a un hombre mirar a mi madre así. De un modo tan extraño que no supe interpretar, pero sentí como si él le hiciera daño, con su presencia, con sus palabras. A ella le temblaban un poquito las manos, y al final él se marchó y sin comprar nada. Mi madre se dio la vuelta y se puso a ordenar unas batitas de preescolares a rayas. Yo, por vergüenza, o pudor infantil, la dejé a solas un rato y seguí jugueteando con los calcetincitos de bebé.

A eso nos dedicábamos nosotras. Elvira y su hija, Carmen-cita, como ella me llamó siempre. Teníamos una paradita en el Mercat del Ninot. Vendíamos cosas para bebés y niños, ropita interior, pijamas, baberos, jerséis de primera postura, batitas escolares.

Hace unos meses que he traspasado la parada. Ya no podía más con ese negocio en el que ella estaba presente y en el que me ahogaba.

Volviendo a mi padre. Cuando una va creciendo escucha cosas. Un mercado es un pueblo pequeño y allí, en el Ninot, todos nos conocíamos. La gente suele tener cuidado cuando hay niños presentes a no ser que se sea un verdadero cotilla como el Quimet, el camarero de la cafetería de dentro el mercado. Era quien mejor nos conocía a todos, y lo que no sabía se lo inventaba.

Una vez le trajo a mi madre un café con leche a la parada. Solía hacer eso por deferencia a las personas que estaban solas a cargo del negocio y que no podían desatenderlo por ir a buscar un café. Recuerdo a mi madre rebuscando calderilla en su monedero para pagárselo, con sus manos elegantes. No tenía suficiente, le dijo, te lo pagare mañana. A Quimet aquello no le gustaba, lo sabía hasta yo que me puse tensa en seguida, le salió

1. Un señor con abrigo largo

con no sé qué de «no te pasa ya la pensión tu hombre rico». Mi madre se cruzó de brazos ante él y lo fulminó con la mirada, hasta que salió a la entrega de otros cafés en la parada cercana, la de Marisa, una archienemiga de mi madre.

Marisa. Esta es otra de quien no sé qué pensar. La he odiado toda la vida porque con mi madre no se llevaba, desde siempre. Mi madre insistía en que le tenía envidia porque era la mujer más guapa del mercado y no necesitaba sus potingues para lucir más bella. A decir verdad, mi madre era un bellezón de joven, y Marisa tenía dientecillos de conejo, aunque llevaba el pelo con mechas rubias e iba siempre bastante arreglada. No me dejaba tratar con ella y llegó a prohibirme que le devolviera el saludo cuando iba los sábados por la mañana Marisa se acercaba para decirme cualquier gracieta. A mí creo que me gustaba Marisa, era muy alegre, pero... ya ves, mi mama ganaba siempre. Cuando un par de veces se percató de que yo no le hablaba, dejó de venir y hasta de mirar. Aunque mi madre decía que venía por fisgar para verme la cara, a ver a quién me parecía. A quién me iba yo a parecer, sino a ella, me preguntaba yo. Sin embargo, está claro que a mi madre no he salido y esa ha sido su gran frustración, porque mido veinte centímetros menos, mis muslos son gruesos y mis manos regordetas. Si me pinto las uñas de rojo, parezco más una vendedora ambulante que una señora como ella.

A mi madre la vinieron a buscar un día al mercado. La llamaron desde dirección. Una vecina nuestra la había estado intentando localizar porque había una fuga de agua y parece que venía de nuestro piso en la Calle Valencia. No le quedó más remedio que pedirle a Marisa que me echara un ojo. Yo tenía unos doce años y Marisa solo asintió con la cabeza se acercó hasta mí, ella por suerte tenía a Catalina, una chica contratada que le ayudaba a vender las barritas de labios. Ese era el negocio que a mí me hubiera gustado tener para probarme las pinturas, el rímel y

todas esas cremas que olían tan bien. Marisa lo sabía y me trajo un par de probadores para que me entretuviera con ellos.

Siempre fui consciente de cómo me miraba y ahora sé por qué. Yo vestía como una niña. Mi madre siempre me llevaba así con ropa de niña más pequeña, quería infantilizarme de alguna manera. Yo llevaba un peto tejano, un jersey de trenzas rosa debajo y una media melenita con la raya en medio. Me acarició la mejilla y se sentó a mi lado, en el taburete que había dejado la divina de mi madre. Me sonrió con sus dientes de conejo y yo a ella. Me alargó los dos pintalabios.

—Y qué, ¿ya has conocido a tu padre?

Yo me quedé sin contestar, ese era un tema que no se tocaba en casa, así que por qué iba a hablarlo con una desconocida. Le dije que no con la cabeza y desvié la mirada.

—Tarde o temprano se presentará aquí, tienes que estar preparada.

Asentí, sin entender.

—Yo hablo con él y le cuento. Está algo disgustado, tienes que saber que te quiere mucho y... algunas cosas que veo no le gustan.

—Yo soy buena...

—Tú sí, pero no me gusta cómo te lleva tu madre.

Yo no respondí, ya estaba embelesada con el olor a coco rico de los pintalabios Margaret Astor.

—Quédatelos —me dijo mientras se levantaba del taburete. Mi madre volvía de la llamada.

Pensé. Pensé mucho durante aquella tarde y por la noche en decirle a mi madre la revelación que me había hecho Marisa. Pero me dio miedo porque sabía que no la soportaba, que Marisa le tenía envidia a mi madre. Sospechaba que entre ellas había existido algo muy fuerte, una rivalidad por ser la más guapa del lugar o quizás, quizás por ganarse a algún hombre.

1. Un señor con abrigo largo

No lo necesitamos. Eso fue lo que me contestó mi divina madre cuando un día le pregunté qué como era mi padre y que si era guapo como ella. Yo creo que ya debía de tener unos catorce años y aún jugaba con muñecas y llevaba el mismo peinado. Había engordado más, estaba más regordeta y me había enterado por el chismoso de Quimet que en el mercado me llamaban la Mafalda.

—¿Es de aquí? —pregunté yo con un hilillo de voz.

—¿De Barcelona?

—Sí.

—Era de aquí, sí —contestó seria.

—Y..., ¿y qué le pasó? ¿Está muerto?

—¡Basta! No lo necesitamos.

Yo me abracé al Tato, asustada.

—Hoy te vas a la cama sin cenar, que te estás poniendo como una ceporra, y así no va a haber nadie quien te mire. ¡Ven-ga, andando!

Cuando echo la vista atrás, aún no me explico de dónde saqué la valentía aquel día para preguntarle tan abiertamente por algo que sabía que estaba prohibido. Pero creo que lo hice porque vi una foto. Encontré una foto de ella en blanco y negro en las Ramblas, en la Plaza de Cataluña. De mi madre con un hombre rodeada de palomas, ellos les daban de comer en sus manos y reían mientras. Mi madre se parecía a alguna modelo rubia, germana, y el señor, que yo pensé que debía de ser mi padre, era de pelo moreno y dentadura bonita. Me pregunté si era guapo pero no supe qué contestarme. Muchas más veces me pregunté si ese señor era el mismo con barba y bigote que había venido a la parada aquella mañana de sábado. Pero nunca encontré las similitudes, quizás porque tantas veces había pensado en ambos; el chico que daba de comer a las palomas y el señor de abrigo largo, que sus imágenes habían pasado a ser

como una fotografía pasada por agua en mi cabeza. Imposible saberlo con certeza.

Detrás de la fotografía había una frase escrita a mano. Era en buena letra, como de otra época, muy rimbombante y decía: «Elvirita, te quiero, siempre en mi corazón». Y estaba firmada por Joan en 1968, un año antes de que yo naciera.

Me preguntaba si el hombre del abrigo largo tenía cara de llamarse Joan y llegó un día en que me convencí de que sí. Que no solo tenía toda la cara de llamarse Joan, sino que además mi madre era su Elvirita y había venido de incógnito a visitarnos para ver cómo estábamos, y que se habían querido mucho y que por eso mi madre se puso tan nerviosa y le temblaban las manos. Ese señor no había venido a comprar baberitos, había venido a saber algo.

Viví con esta idea hasta hace bien poco. Hasta que mi madre no murió, no me atreví a preguntar abiertamente a las dos personas que yo pensaba que tendrían la clave: Quimet y Marisa.

—Carmencita, a qué viene esto ahora —me respondió apurado mientras ponía una taza de café en la bandeja.

—Quiero saber, Quimet, ahora la mama ya no está y siempre he tenido esas preguntas.

—Debiste preguntarle a ella.

—Lo hice una vez, pero no le gustó.

—Sí, ya sé cómo era de divina. Porque, me vas a perdonar, tu madre se las daba mucho de todo, pero no tenía nada. Que era guapa de joven es verdad. Ella decía que ese señor, tu padre, era un cirujano, que operaba a niños, que era una eminencia. Que estaba casado y que por eso ella no daba el nombre. Si tanto la quería, por qué se casó con otra, eso me pregunto yo.

—Y ¿tú sabes cómo era? Porque yo recuerdo una vez de pequeña que vino un señor a la parada.

1. Un señor con abrigo largo

—Uy, ni idea. Pero si quieres que te diga la verdad, yo creo que era mentira. A saber quién sería tu padre. Pero un rico no, mi niña, que a tu madre ya te lo digo yo que le gustaba hacerse que estaba por encima de todos los demás, menuda. Como si fuera más distinguida. Como cuando hablaba de la marquesa esa que era amiga suya.

—Lolita Forcada.

—Sí, esa, ni marquesa ni leches, esa es una tarotista que va medio disfrazada y que vive en la Calle Ganduxer, porque un viejo le dejó el piso en herencia. Y ahora déjame paso que tengo que llevar estos encurtidos a tu amiguito Pepet. Ya hablaremos de eso otro día, preciosa, que ahí dejaste pasar una oportunidad de oro.

Lo dejé pasar y me quedé con una sensación muy extraña. Lolita era marquesa hasta donde yo sabía, había viajado mucho y había hecho muchos amigos cultos. Siempre hablaba de embajadores y terratenientes.

Me dije que Quimet quizás no fuese tanto de fiar, que lo que no sabía se lo inventaba, porque eso lo habíamos comprobado varias veces en el mercado. Se había inventado que Álvaro, el charcutero, le era infiel a su mujer; con Ana, de la casquería, solo porque un día los vio mirarse y otro día los vio caminando juntos en no sé qué calle del centro. Aquello había causado un revuelo muy grande y resultó ser mentira. Ana acabó dejando el trabajo porque en el mercado todas las mujeres la miraban mal. Yo sabía que lo que él contaba había que ponerlo en cuarentena, pero si le pregunté es porque estaba necesitada de información. Por eso llegué a la conclusión de que lo mejor era preguntarle a Marisa, a ver si ella me contaba lo mismo.

Pero Marisa, que en aquellos años había cambiado su peinado y llevaba un moño alto y el pelo muy rubio, se encogió de hombros y me dijo que ella no sabía nada de aquella historia.

La fragilidad de las tazas de Té

—Pero si cuando era niña me dijiste que tú lo conocías y que os hablabais.

—¿Qué yo te dije eso? Anda ya, ¿de qué te acordarás tú? Siendo una cría, ya ves.

Me dejó con las ganas y con la incertidumbre de saber si efectivamente sería cierto lo que mi madre siempre había venido diciendo, que yo era la hija de un gran señor.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>PRIMERA PARTE</i>	17
<i>Preámbulo</i>	19
1. <i>Un señor con abrigo largo</i>	21
2. <i>La doctora</i>	29
3. <i>Mi ropero</i>	37
4. <i>Nuestros enemigos</i>	43
5. <i>Demi-plié</i>	51
6. <i>La tía Noni</i>	59
7. <i>Brujas</i>	67
8. <i>Pepet</i>	75
9. <i>Tiempo libre</i>	83
10. <i>Baile de fin de curso</i>	91
11. <i>Menstruación</i>	99
12. <i>Mudanza</i>	107
13. <i>Niña descalza</i>	115
14. <i>Bagdad</i>	123
15. <i>La pitillera</i>	131
16. <i>La France</i>	139
<i>SEGUNDA PARTE</i>	147
1. <i>Coralí</i>	149
2. <i>Cigarros More, los más largos</i>	157
3. <i>Curvy</i>	163

4. <i>Mini</i>	171
5. <i>Mario</i>	179
6. <i>Maluma</i>	185
<i>La autora: Sonia Rico</i>	195

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 21 de abril de 2024
coincidiendo con el natalicio de la escritora
Charlotte Brontë
en cuarto creciente.



La fragilidad de las cosas de la

Sonia Rico





La fragilidad de las tazas de té

Sonia Rico